

Cómodamente infeliz

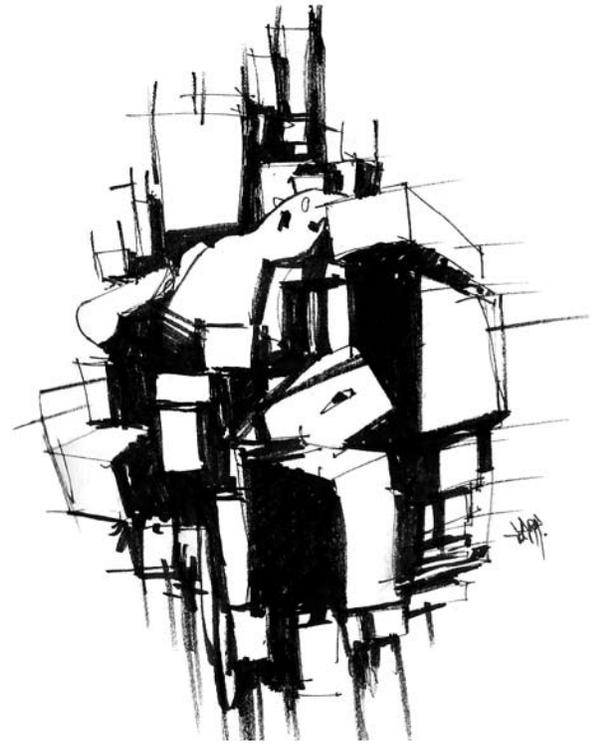
POR MARILYN DIÉGUEZ PINTO

Llevaban cualquier cantidad de años juntos, entre altos y bajos, “pilando por el afrecho”, según se dice por estos lares. Se conocieron desde muy temprana edad; díscolo él, altanera y frívola ella. ¿Quién conquistó a quién? Nadie recuerda y en sus memorias los hechos se confunden y las imágenes se sobreponen. Cada uno aportó sus propios sueños y emociones, su cultura, valores e ideologías preñados en prejuicios y reminiscencias. Experiencias de vidas diametralmente opuestas colocadas en el mismo motete, en donde se fueron echando las vivencias desde entonces compartidas. Tantos sueños y esperanzas que con el transcurrir del tiempo se convirtieron en cargas y desesperanzas reticentes, sarcásticas.

Era cálida la tarde, solariega, como muchas otras en las últimas semanas. Hace un par de meses dejó de llover, cuestión que se evidencia en los jardines y parques de la localidad otrora verdes y coloridos, actualmente mustios, con sólo unas cuantas plantas en flor, veraneras e ixoras, propias de la estación. Desde el gran ventanal de la casa, observa, a lo lejos, la figura recortada de Antonio. Se mueve pausadamente, pareciera sin prisas, sin desazones sobre él. Nadie diría, al ver su andar, que en sus espaldas lleva ese gran motete con carga tan particu-

lar. Se levantó temprano, hizo su rutina diaria de ejercicios e inclusive caminó descalzo en el césped fresco que la noche colmó de rocío; sus pies se humedecieron mientras sentía que toda la energía del cosmos, acumulada en la tierra, penetraba su cuerpo y lo vigorizaba. Tomó un desayuno ligero, no deseaba nada tan cargado aunque sí nutritivo. Últimamente le preocupaba mucho cuidar su salud. El acercamiento a la fecha de su onomástico número 40 lo tuvo inquieto durante varios meses; casi lo postró en cama la entrada a esa década. Sentía que la vida se le acortaba a pasos agigantados. Pudo darse cuenta, un día después, que no había diferencia con el anterior y de ello habían pasado más de dos años. De alguna manera había pasado la crisis; aún no había dejado de preocuparle, pero la llevaba mejor.

Era un hombre fuerte, atlético sin llegar a ser musculoso, de estatura mediana y porte abierto. Su piel, curtida por el sol, tenía tonalidades entre canela y miel. Caminaba erguido y su figura se apreciaba mejor al estar más cerca del ventanal. Se podía vislumbrar una media sonrisa en su expresión adusta. Sus ojos se movían inquietos en sus órbitas, parecía querer abarcar todo el entorno de una sola vez. Sabía que en casa lo esperaban con impaciencia, era la cos-



tumbre luego de salir de trabajar todo el día. Tantas veces repetida la misma escena, que conocía de memoria cada objeto en su inmutable posición, toda expresión verbal y corporal de quienes compartían su mismo techo. Pensar que durante tanto tiempo disfrutó de lo mismo poniéndole a cada encuentro lo mejor de sí, la sal y la pimienta, en las proporciones adecuadas para su deguste sin prisas, buscando aligerar la carga del pesado motete.

Seguía viéndolo acercarse, estaba prácticamente a la altura de la puerta de arcos de la majestuosa terraza construida a su gusto para distinguir la vivienda de las otras del barrio. La más grande, la mejor. Adiós a la figura de vivienda colectiva, de casucha construida en serie en cierta barriada anónima. Lo esperaba como siempre, especulaba él, arreglada y lista para emerger, dentro de su creer imponente. Había dado tanto por estar con él, solía decirle, que él estaba convencido de ello y de su responsabilidad para con ella; era una criatura indefensa, repasaba; como en el principito, una flor con cuatro espinas asumidas como garras que sin mucho dudar lo solía emplear con gran habilidad y argucia.

Finalmente alcanzó la puerta de la casa, que cruzó con desgana; sabía que en un par de minutos debería volver a saltar por ella para complacerla y llevarla a los mejores comercios de la localidad. La práctica era salir y de ser posible gastar algunos cuantos reales en cosas que nunca dejaban de hacer falta en su ropero o en la vivienda compartida, aunque no se aprovecharan. No le extrañó que no le abriera la puerta, era parte del ritual. Sólo el gran can marrón agitaba el rabo, levantaba las pequeñas orejas y emitía unos cuantos ladridos cuando llegaba a casa. Su motete pesaba, pero solo él lo sabía.

Saludó sin entusiasmo, pero con cordialidad. Así vivía, cómodamente infeliz... No recibió respuesta ni evidenció movimiento alguno en la figura que imaginaba apostada en el ventanal,

tras las cortinas de seda. Dirige sus pasos en su dirección y con asombro comprueba que algo ha cambiado, que la figura no es la misma, que la expresión tantas veces repetida y, por tanto conocida, desapareció. En su lugar, una sombra, la oscuridad, el vacío; sólo la huella, una imagen hueca, deforme. Cae en cuenta, en ese momento, que el perro no ha salido a su encuentro ni tampoco ha escuchado sus ladridos. ¿Dónde estará? Se encamina hacia la cocina convertida, desde hace meses, en vivienda de gatos. Le viene de pronto el recuerdo de la despedida al salir en la mañana. ¿Cuál fue su respuesta? Un día salarás la comida, picarás el plato. No importa cuánto aportes ni cómo lo dosifiques... Si es mucha porque es mucha, si es poca porque es poca; nunca será suficiente, nunca quedarás bien. Con todo... mucha sal, mucha pimienta... o quizá, desde siempre, se acumuló sin importar la dosificación, y hoy se derrama. Se escucha el sonido de un golpe seco. Apostada con su perro al lado y un mazo en la mano, vestida con su desgastada bata azul, que de un tiempo hacia acá usa como uniforme casero, y desgredada, dentro del marco de la cocina maloliente, casi pestilente, la sombra lo ve caer en un mirar extraviado y lejano. La memoria se pierde, las sombras lo cubren, solo siente un calor en la frente y el frío del piso que lo abraza. El motete lo arrastra, las piernas ceden, la verdad se materializa. Es tan fuerte el olor del incienso que oculta el urinal de los gatos...

MARILYN DIEGUEZ PINTO. Nació en San Carlos, Panamá, en 1955. Doctorado en Ciencias (Ecología), U. Autónoma de Madrid. Profesora titular de Ciencias en la U. de Panamá. Trabaja en la Autoridad del Canal de Panamá como responsable de la Unidad de Calidad de Agua. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2007 de la UTP. Ha publicado los poemarios. **Poemas que parecen amor... Amor que parece poema** (2003); **Aroma de rosas y almendras...** (2005); **Entre la magia perdida y la realidad mágica** (poemas, cuentos, teatro; 2007); **Vasos comunicantes, añoranzas** (2007).